Biblioteca Nacional (3)
México 654

AÑO I — BUENOS AIRES, 5 DE JUNIO DE 1922

LA PROTESTA

Precio 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Sindicalismo

El sindicalismo, por lo mismo que es una expresión económica — un medio de lucha empleado por los trabajadores para defender sus derechos — carece de valores revolucionarios si se le aisla del principio filosófico que le da carácter, significación y potencia. Pero hay quienes se empeñan en hacer del sindicalismo el principio y el fin de todo el problema social, reduciendo a sus simples enunciados económicos, a la lucha del asalariado contra el capitalismo, toda posibilidad de organización de la clase trabajadora.

Los "sindicalistas puros", enemigos de toda ideología, declarados adversarios de la definición filosófica del proletariado, sostienen que las ideas son un constante peligro para la unidad de clase. Y es ese criterio de clase, que no descubre en el conjunto humano más que luchas movidas por la necesidad e inspiradas en el más feroz egoísmo, el que desvirtúa los fines emancipadores del sindicalismo, porque no es posible aceptar la existencia de grupos humanos, de asociaciones de hombres que persigan únicamente la satisfacción de las viles necesidades del estómago.

Pese a la premisa sentada por los "apolíticos", al sostener la neutralidad ideológica y política del sindicato, el movimiento social se caracteriza por sus dos corrientes distintas de opinión, de cultura y de actividad. El neutralismo es tan imposible en las organizaciones sindicales como en el resto de los organismos creados por el hombre con fines de cultura o de defensa de sus intereses. El católico no puede transigir con el socialista y el anarquista en problemas tan fundamentales como la lucha contra el privilegio social. Y el anarquista no aceptará nunca, como un medio que solucione los litigios que se derivan de una huelga, el arbitraje, la legislación o el contrato con los propios explotadores. Se comprende, pues, que por encima del interés puramente material — que sirve de ligazón a la masa obrera al formar un sindicato de clase —, existe un orden de ideas que separa a los obreros a pesar de su misma condición de explotados.

La mentira del neutralismo surge evidente en todos los actos del proletariado. Los más acérrimos defensores del "sindicalismo puro" imponen en el sindicato, cuando tienen fuerzas para ello, sus exclusivos puntos de vista. Y el mismo apoliticismo, que es una implícita declaración de indiferencia hacia toda ideología, encarna una tendencia que trata de imponerse al resto de las opiniones que se debaten en el seno de los sindicatos obreros.

Que el sindicalismo es un medio y no un fin, lo demuestra la misma existencia de esa variedad de sindicalismos. Sindicalista es todo el obrero que forma parte de un sindicato. He ahí definido ese término genérico, que sin embargo expresa distintas graduaciones de cultura y de espíritu revolucionario. El sindicalismo de la Confraternidad Ferroviaria, por ejemplo, es moderado y más que moderado reformista. Y es porque sus dirigentes y hasta la masa que integra esa institución, carecen de ideas revolucionarias, haciendo un sindicalismo a su imagen y semejanza.

Las dos tendencias que imprimen rumbos al movimiento sindicalista: el socialismo y el anarquismo, crearon dos tipos distintos de organización obrera. Y este hecho no es un simple accidente en las disputas ideológicas: es la consecuencia de la propaganda desarrollada por ambos grupos, que bifurcaron el movimiento social hacia dos principios antagónicos: el reformista y el revolucionario, el partidario del Estado y el enemigo de toda autoridad, el que basa en la conquista del poder la realización de toda conquista social y el que afirma que sólo en la destrucción de todo poder está la base del bienestar del hombre.

Es inútil que los "sindicalistas puros" se empeñen en demostrar el valor de su pretendido neutralismo. La neutralidad en cuestiones ideológicas, es la negación del sindicalismo. Porque el sindicalismo es el medio de acción, el instrumento en manos del proletariado, y vale por el empleo que de él hagan los hombres que, al organizarse en sindicatos de resistencia, no sólo procuran mejorar su situación económica, sino también terminar con el infamante régimen del asalariado.

Los anarquistas queremos que el arma de lucha proletaria sirva como elemento de progreso y como instrumento de revolución. Por ese actuamos en los sindicatos y por eso nos oponemos a toda tentativa de disciplina del proletariado. La masa obrera, desviada de los grandes objetivos emancipadores, representará, por su fuerza institutiva, el mayor peligro para la conquista del derecho, de la libertad y de la igualdad sociales.

QUIJOTE

Uno de los más grandes ingenios humanos al querer ridiculizar los hábitos y costumbres de los caballeros andantes, ridiculizó, con hondo y bondadoso humorismo, la santa y excelsa honra de querer hacer bien.

Peligroso y temerario es quien, viviendo en un mundo ahito de injusticias, se atreve a proclamar su amor por la ecuanimidad e intenta luchar y sacrificarse por ella.

La gente sensata, con sensatez gastronómica, siente una profunda repugnancia y un encono de mastines furiosos contra estos seres singulares que amenazan arrebatarle la presa sangrienta de sus víctimas: pasto sabroso de sus apetitos bestiales.

Nada más cómodo, entonces, que la calumnia a la Idea y a los hombres que la defienden... "Calumnia, calumnia que algo siempre queda"... dice el proverbio.

Por eso, la idea anárquica y los poseídos por ella, han sido vilipendiados y puestos al margen de todas las leyes por los que de la vida han hecho un festín de lobos.

Si la ley general es el mal, natural es que la excepción, que el que no se someta a esta férrea disciplina de la maldad, sea puesto en la picota.

Pero la voluntad del bien tiene raíces profundas; mientras que el mal es ciego, obtuso y débil porque necesita la fuerza y la violencia para imponerse.

Y la fuerza y la violencia, nada pudo nunca en toda las épocas contra la Idea que proclama el bien de todos los hombres por la Fraternidad de los deberes y de los derechos inteligentemente comprendidos.

Los anarquistas, en su luengo batallar y su dilatado martirio, no han anhelado otra cosa para ellos y sus semejantes. Eso es su crimen,—lo que es monstruoso en estos tiempos de fabuloso egoísmo.

Política inglesa

Mr. Balfour ofreció a los nacionalistas judíos el dominio político en Palestina. Pero como ese ofrecimiento molestaba a los mahometanos y disgustaba a los católicos, el gobierno inglés juzgó prudente quedarse él con Palestina... para velar por el orden y evitar que se comieran entre sí los bélicos palestinos.

La política inglesa se basa en ese ofrecer; ofrecer siempre con una generosidad pasmosa. Pero todo queda en ofrecimientos. Y eso es lo que les sucedió a los sionistas: se conformaron con

promesas y seguirán esperando que se cumplan, hasta el juicio final...

Parece que la Palestina, o los palestinos, está revuelta, o revueltos. La promesa de Balfour inquietó a los mahometanos cuando fué hecha y ahora inquieta a los judíos, porque no se cumple. Pero el gobierno inglés, que siempre tiene recursos a mano, trata de conformar a todos, quedando bien con Moisés y con Mahoma.

Al efecto se dice que, como medida de conciliación, se dará en el futuro a los árabes una forma de gobierno autónomo, con mayoría en los ministerios y preferencia en la provisión de los altos puestos hoy ocupados por británicos, pero aún esto parece poco a los árabes, cuyos comentarios podrían concretarse así: "Está bien lo que se nos quiere dar, pero queremos más: queremos que se arroje a los judíos de Palestina".

Es evidente, agrega el corresponsal que trasmitió la noticia que comentamos, que existe en el país un descontento general. Sionistas y árabes se quejan amargamente en sus respectivos órganos periodísticos de lo que llaman una política "doble". Según ellos, los actuales métodos del gobierno, que debe escilar entre las influencias opuestas de ambos grupos de población, son el principal obstáculo que se opone al progreso del día. Y así, en tanto que "Haerts", diario sionista, pide la destitución del gobernador del distrito de Jerusalén, por ser partidario de la tendencia árabe, "Falastin", órgano árabe, pide lo mismo porque lo conceptúa folosionista y lo acusa del sacrificio de 500.000 árabes en el altar del capitalismo judío".

¿Política doble? Sí, política inglesa, política de Balfour y de Lloyd George.

"Empréstito del pan"

En su afán de solucionar la grave crisis económica por que atraviesa Rusia, los bolcheviquis apelan a los medios más primitivos. Porque no otra cosa significa el reciente ensayo (resto del comunismo agrario que aún existe en muchas regiones de Europa) de suplantar el medio de intercambio comercial — el dinero — por el propio producto, de acuerdo con valores equivalentes especificados por el gobierno.

El "empréstito interno del pan" es la nueva prueba del gobierno bolcheviqui. Según un informe telegráfico de Moscú, fué ya lanzado ese empréstito, que representa la primera tentativa de emisión de títulos del Soviet, por valor de 10 millones de puds de centeno. Las subscripciones al empréstito son aceptables en dinero efectivo al tipo de cuatro millones de rublos por puds, y la emisión se ha hecho al tipo de 85 o|o. El empréstito es redimible a la par, en granos, para diciembre y enero. El gobierno espera por este medio obtener fondos para emergencias del próximo verano, y al mismo tiempo retirar de la circulación gran parte del papel moneda para la época de la cosecha".

¿Modifica ese recurso la situación del proletariado? Especule el comerciante cambiando por productos artículos manufacturados, o emplee el dinero para apropiarse de esos mismos productos, la situación del productor será siempre la misma. El gobierno, con su "empréstito interno del pan", no hará otra cosa que expropiar los cereales a los campesinos, como antes lo hizo por medio de las requisas y del impuesto en especies.

Los remiendos no evitan que el viejo traje — el Estado — se siga desgarrando. Y esos ropavejeros de la revolución, no hacen otra cosa que poner remiendos al sayo del capitalismo, por ellos conservado para que les sirva de abrigo.

No es con reformas económicas, tan inocuas como ese "empréstito interno del pan", que los dictadores rojos lograrán armonizar su dictadura con los intereses más primordiales del proletariado. Y en su retirada hacia el capitalismo, ya han perdido hasta la vergüenza. ¿Para que persisten en representar esa repugnante comedia del "comunismo"? Con el sayo remendado no se va a ninguna parte, ropavejeros de la revolución!

NOTAS

Seamos veraces

Los que escriben para el pueblo tienen, así como el deber de defenderlo con su pluma, el de no adularlo. Esto es lo que más debe cuidar el que escribe con sinceridad. Más que su defensor, debe ser su orientador. Y para orientar al pueblo es preciso ser veraz, ante todo veraz.

El pueblo no es inteligente, ni es culto, ni siquiera es moral; es nada más que una parte de la humanidad con toda la imperfección con que ha llegado hasta estos días y con todos los vicios que se le han agregado en su marcha por la vida.

Entonces, no se le debe atribuir al pueblo cualidades ni perfecciones de que carece. Eso es pernicioso para la evolución de la humanidad, y ya bastante mal le hacen en ese sentido la política y la religión.

Nuestro deber es, por consiguiente, ya que somos los únicos que anhelamos su redención, destruir las mentiras política y religiosa. Y para destruirlas es menester usar la piqueta de la verdad.

Seamos veraces, que sólo así haremos obra redentora. Sin adular a las multitudes, fustiguemos a los tiranos, que las envenenan con la mentira; sin exagerar las facultades morales del pueblo, censuremos la infamia de quienes lo explotan y lo exprimen. Hagamos obra de defensores, pero también de educadores.

Sólo así ganaremos la tremenda batalla en que estamos empeñados, porque habremos ganado previamente, para nuestra causa, al pueblo, con cuya mano, que será formidable cuando tenga conciencia, ha de ser barrida de la faz del planeta la casta parasitaria que lo agobia.

No olvidemos: sémos veraces.

Despechados...

Los bolcheviquillos de por acá, que no han perdido la oportunidad de tildar con el mote infamante de contrarrevolucionario a todo el que se ha manifestado contra el gobierno ruso, han cambiado ese tilde en los últimos tiempos. Así es como el último *contrarrevolucionario* que les ha salido, no lo han tratado de tal, al menos los bolcheviquis argentinos.

Nos referimos a **Berkman**; este valiente luchador revolucionario, en artículos diseminados por todos los periódicos anarquistas del mundo, le lleva el ataque más recio que esmritor alguno haya dado al gobierno "comunista" de Rusia. Berkman habla con pleno conocimiento de causa, porque ha observado y actuado en el ambiente que describe.

Por la consagración de toda su vida a la causa de la revolución, nos les ha parecido propio hacharlo de contrarrevolucionario, a los bolcheviquillos. Y entonces, para *refutarlo* en alguna forma, idearon una nueva calificación, tan noble como la de uso anterior: le llamaron "despechado", y lanzaron contra él la calumniosa especie de haber salido de Rusia con autorización del gobierno.

Naturalmente, a Berkman no le ha de inquietar lo que digan los "comunistas". Está en la lucha y no espera más que puñaladas.

Nosotros y los otros

Los grupos vergonzantes que defienden a los oportunistas estranguladores de la revolución rusa — ejemplos: los que sacaban aquí "El Ambiguo" y editan en Montevideo "La Batalla" —, no tienen en su favor más que las diversas secciones del partido comunista; ningún hombre de reconocida responsabilidad revolucionaria les acompaña, ningún escritor anarquista de garra está de su lado. Y es que solamente los rebaños y los irresponsables están en condiciones de apoyar a los tiranos y verdugos del pueblo.

En cambio los que siempre hemos estado contra los tiranos y verdugos, que por eso también nos hemos levantado en son de protesta contra los estranguladores de la revolución rusa, tenemos la satisfacción de sentirnos apoyados por los sinceros luchadores; todos los hombres de capacidad y responsabilidad revolucionarias, están con nosotros en esta cruzada contra los nuevos verdugos, porque esos hombres no podrían estar en otra parte, no podrían poner su pluma ni su energía al servicio de los asesinos de la idea y menos podrían callar.

A ver: ¿quiénes están con los vergonzantes? La irresponsabilidad y el servilismo.

¿Y quiénes con nosotros? Los anarquistas.

Panamericanismo y monroismo

A iniciativa de Estados Unidos, se fundó, hace años la llamada Unión Panamericana. ¿Qui fines persigue esa especie de Liga de naciones americanas? Intereses comerciales, propósitos de predominio y concurrencia en los mercados de América por parte de los capitalistas yanquis, monroismo económico en sus manifestaciones más absorbentes e imperialistas.

La Unión Panamericana, hasta ahora, no ejerce una influencia decisiva en la política de los diversos gobiernos americanos. Pero no está convirtiendo en un poderoso instrumento económico en manos de los rapaces del Norte. Por eso, a la vez que Chilo y Perú discuten sus litigios de fronteras en Wáshington, los funcionarios de la Unión Panamericana preparan el V Congreso de esa especie de liga para uso de la plutocracia yanqui.

Comentando la pronta realización de ese congreso y las cuestiones que se someterán a su estudio, decía un corresponsal yanqui lo siguiente:

"Se han presentado proposiciones de la Argentina, Chile, Ecuador y Uruguay, relacionadas todas con problemas importantes que son de interés para los países americanos. En los círculos diplomáticos se conversa animadamente sobre la posibilidad de que en Santiago se presente un nuevo miembro de la Unión, a saber: Canadá.

"Se dice que tres circunstancias parecen indicar la posibilidad de que Canadá tomaría en consideración favorablemente una proposición de participar en la Conferencia. Esas circunstancias son: 1.a, las actividades de Canadá, en el sentido del nombramiento de un ministro propio en Wáshington; 2.a, el hecho de que Canadá ha realizado numerosos estudios sobre la Conferencia Postal Panamericana de Buenos Aires, sin haber participado en ella, y 3.a, la participación de Canadá en la Convención Panamericana de Mujeres en Baltimore.

"Esas circunstancias son interpretadas como indicio de una tendencia de Canadá de acercarse más al grupo de los países conocidos con el nombre de panamericanos."

Se comprende que los norteamericanos tengan interés en que Canadá concurra al congreso panamericano. ¿Qué le importa al capitalismo yanqui que Canadá sea una colonia inglesa? La cuestión es extender a todo el continente su monroismo comercial, más importante que el político, y sacar del panamericanismo todo el provecho posible, en perjuicio de los competidores europeos en los mercados de América.

Para hacer ver que en el próximo congreso de la "unión de bandidos americanos", se tratarán también problemas de alta política internacional, el corresponsal que trasmite los informes que comentamos, agrega lo siguiente:

"La propuesta de Chile de reducir los gastos militares y navales, es una de las mociones más interesantes que serán presentadas a la Conferencia. Mucha importancia se atribuye también a la moción argentina, de hacer efectiva la resolución número 17, adoptada en la Segunda Conferencia Panamericana de Finanzas, celebrada en 1920 en Wáshington. Dicha resolución establecía que "estando ello en el interés de todas las naciones, se debe asegurar la distribución más amplia posible de las materias primas y que la importación de esas en todos los países no debe ser obstaculizada por aranceles prohibitivos".

"Se comenta favorablemente también la propuesta uruguaya diciendo que, "sin perjuicio de la opción de la adhesión a la Liga de las Naciones, debe constituirse una Liga de las Naciones Americanas, sobre la base de la igualdad absoluta de todos los países adheridos".

"Uruguay se coloca en el punto de vista de que una liga de esa naturaleza no es sino consecuencia lógica del Tratado de Versalles, que, aceptando expresamente la doctrina de Monroe, parece representar el deseo de limitar su propia esfera de acción, en lo que concierne a los asuntos americanos".

La habilidosa diplomacia yanqui dará sus resultados en un breve plazo. Por lo pronto la doctrina de Monroe ya se está practicando en Cuba, Puerto Rico, Méjico, Haití, Santo Domingo y en la mayoría de las repúblicas de Centro América. Eso en su faz política, porque económicamente el monroismo es un hecho en todo el continente americano.

El juez y el verdugo

Pasó un hombre, y el pueblo gritó contra él: era el verdugo.

Pasó otro hombre, y el pueblo se descubrió respetuosamente la cabeza: era el juez.

—¿Por qué me despreciáis?—preguntó el verdugo.

—Porque matas — contestó el pueblo.

Y el verdugo, dijo:

—Yo ejecuto una sentencia del juez. En todo caso es a él a quien debéis despreciar.

El juez objetó.

—Si no hubieran leyes que condenan, yo no dictaría sentencias; por lo tanto a la ley es a quien debéis despreciar.

Entonces dijo la ley:

—Si vosotros no me hubiérais formulado, yo no existiría; no la comprendáis conmigo, acusaos a vosotros mismos que me habéis dado la vida.

Y el pueblo se retiró callandito, pensando que, en resumen, el era el único culpable: porque el verdugo era un instrumento del juez, el juez un instrumento de la ley y la ley un instrumento del pueblo.

R. J. RIQUENA.

Sobre "Problemas Actuales"

CORROBORANDO EL CONCEPTO

Bajo el título de "Problemas actuales" el compañero Piere Quiroule ha publicado una serie de juicios, de carácter moral y económico, relacionándolos con el estado actual del pensamiento revolucionario dignos de ser tenidos en cuenta y previamente estudiados por la trascendencia social que para nosotros tienen.

Con el deseo de aportar algunos puntos de vista, a las ideas en cuestión, he trazado las líneas siguientes por si ellas son de interés para el lector.

CIUDAD Y RURALISMO.

La cuestión más fundamental y por consiguiente previa que los anarquistas nos debemos plantear, al proyectar las líneas del porvenir económico de nuestra sociedad, es el problema antagónico que hay entre ciudad y ruralismo.

Es muy sabido, por todos, el antagonismo existente entre lo que llamaremos moral del campo y moral del hombre de ciudad.

El colono o campesino siente una animosidad instintiva contra ese pueblero que lleva cuello y viste bien pero que vive a sus expensas. El hombre del campo ve en el de la ciudad un enemigo que, con mil tretas y artimañas, se acomoda para vivir del fruto de su labor. El colono nunca comprenderá que por cuatro hierros elaborados y unos géneros ordinarios, que le llegan de la ciudad, tenga que entregar el producto de sus esfuerzos en un año consecutivo de labor. Podría argüirse a esto que después de una revolución de carácter social las causas de este antagonismo habrán desaparecido. A esto diremos que no así las concepciones de carácter moral que le dicen al hombre de campo que él es tan indispensable como el obrero de la ciudad y hasta más útil y necesario al desarrollo común de la existencia.

Nadie podrá contrarrestar la convicción que tiene el trabajador del campo de que, sin él, la ciudad perecería de inanición mientras que sin ésta el campesino viviría perfectamente. Y tiene razón al pensar así dado que se halla en posesión de la tierra que es la nutridora de nuestro ser.

El antagonismo entre la ciudad y el campo no es de ahora y no será fácil de extirpar en una civilización que mantenga las fronteras existentes entre la campaña y la urbe. Dicho antagonismo data de las primeras aglomeraciones civiles y urbanas y particularmente se intensificó con la aparición del industrialismo capitalista. El es tan manifiesto en nuestros días que subsiste por debajo de las luchas de clase y cuya rivalidad ha sido denominada, por algunos escritores, de lucha entre la civilización y el atraso. No participamos nosotros de esta última clasificación y, a pesar de ser irreductibles moradores de la ciudad, por hábito y por temperamento, no dejamos de comprender el artificio y la fealdad de la vida en las grandes urbes, de nuestro régimen capitalista, como así mismo la ignorancia y el embrutecimiento personales del ciudadano quien, en muchos casos, se halla en condiciones de inferioridad mental relacionado con el hombre del campo.

Además, lo que hoy se entiende por civilización, atributiva de la ciudad, no se representa por una elevación total de la masa ciudadana sino que se exterioriza por un núcleo, por un número limitado de inteligencias superiores, y creadoras del espíritu, y que por consiguiente lo mismo podrán vivir en la ciudad que a diez kilómetro de ella.

Lo que hay, en el fondo de esta cuestión antagónica, entre ciudadismos y ruralismos, es un problema de naturaleza recíproco, de trasvasación e intercambio de valores, entre la ciudad y el campo. Este da a aquélla los elementos físicamente sanos de su predio y aquélla a éste ciertas fórmulas de espíritu, producto de su refinamiento mental, pero, sin que ello niegue, en absoluto, la robustez física de ciertos hombres de la ciudad y la capacidad intelectual de ciertos hombres del campo. Hércules hay en una y Horacios hubo en el otro. Pero en sentido general diremos que el campo vigoriza la ciudad biológicamente y ésta vigoriza al otro psicológicamente.

DESPLAZAMIENTO.

Uno de los hechos que debiera producirse al día siguiente de una revolución, en sentido anarquista, es un desplazamiento de las huestes de la ciudad en beneficio del campo.

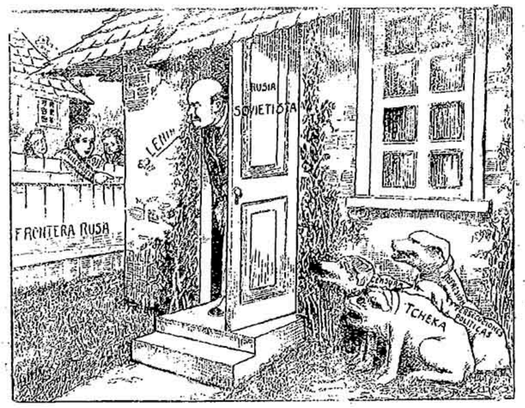
Hay, en toda urbe, una plétora de almas que después de una revolución no hallarán nada útil en que ocuparse y que pueden constituir un factor peligroso de regresión hacia las viejas y pasadas formas de la sociedad.

La ciudad moderna sufre la congestión de los elementos antisociales que se albergan en ella entendiendo por tales los burócratas de toda clase, los burgueses, los profesionales de la política y de la magistratura, del ejército y de la iglesia, como así también los obreros consagrados a tareas superfluas que la revolución deberá suprimir inevitablemente. Este problema de descongestionar nuestras grandes ciudades es tan importante que sin su solución no creemos posible el triunfo de la revolución libertaria.

Uno de los factores que más ha contribuido al fracaso y al hambre moscovitas ha sido, sin duda, el problema este de la aglomeración ciudadana en detrimento o en perjuicio de la vida y los intereses del hombre del campo.

Por querer mantener la estructura y el conglomerado orgánico de las grandes ciudades rusas, como Moscou y Petrogrado, los bolcheviquis se malquistaron con el hombre del campo quien hubo de despojarse de sus productos para alimentar la existencia de los hombres de la ciudad. Esta cuestión cobra mayor interés entre nosotros por la característica del país.

Nadie dejará de comprender lo anormal que resulta una ciudad como Buenos Aires, con más de un millón y medio de habitantes, en una región tan inmensa como la nuestra y en estado semidesierto. Dicha ciudad no se ha creado con arreglo a las necesidades naturales de la parte de la humanidad que en ella vive sino por necesidades del comercio y de la industria, de la política y el agiotage, en todas sus formas. La vida artificial de la sociedad capitalista ha creado estas aglomeraciones excesivas inherente a la vida del régimen burgués.



Lenin. — Venid, hijos míos. Ya tire las disciplinas y la cachiporra de la dictadura.

Los intelectuales. — Pero quedan todavía esos pichichos...

Creemos, pues, que una de las primordiales disposiciones de la revolución debe consistir en subsanar estos defectos reintegrando el hombre a la naturaleza, trasladándolo de la ciudad al campo.

SINDICATO Y COMUNA.

Las dos formas más viables que ahora se destacan del fondo de nuestro porvenir son las que tienen por fundamento afianzar la nueva vida sobre la estructura sindical o comunal. Sin que podamos afirmar, de un modo absoluto, cuál de los dos sistemas será mejor, para sustituir al régimen del salario, podemos anticipar algunos juicios sin pretensiones de dilucidar enteramente el problema.

Hay actualmente entre el sindicalismo revolucionario, ajeno a todo reformismo camaleónico, dos corrientes de pensamiento que se pronuncian por la organización de carácter profesional o el sindicato por industrias. Creemos que el asunto en debate merece dilucidarse, como medio eficaz de lucha contra las explotaciones del capital, pero, no como forma estructurada de vida que deba servir de norma para la transformación económica de la sociedad.

Si estudiamos la génesis del sindicalismo veremos que en el fondo nace como una consecuencia del industrialismo capitalista, como el proletario fué una consecuencia de la burguesía.

Toda organización se produce por una reunión de elementos, de partes disgregadas, en vista de un fin común.

La organización del porvenir debe ser, pues, una consecuencia de la desorganización existente y nunca una continuación de las formas arquitectónicas que constituyen el basamento del organismo actual. No se organiza lo que está organizado sino aquello que vive en estado de inorganización.

Al considerar este problema estructural de la sociedad del porvenir es evidente que los revolucionarios partimos de concepciones conocidas, de ideas que tenemos sobre nuestro presente, sin tener en cuenta que cada nueva civilización trae consigo la estructura que ha de diferenciarla de la anterior.

Toda civilización nueva tiene que traer, forzosamente, un carácter y fisonomía nuevos. Y no podrá pasarse nunca del Estado burgués a la vida libertaria sin que haya, entrambos regímenes, una solución de continuidad. Otra cosa sería una repetición de formas más o menos renovadas, de la vieja sociedad, pero, nunca un comienzo de vida mejor con moldes propios y genuinos.

De las civilizaciones antiguas que precedieron a la actual nos ha quedado, a través de los siglos, el espíritu de eternidad que en ellas había. Pero, las formas arquitectónicas del vivir han variado con el cambio, o desplazamiento, de una civilización por otra. Esto nos induce a creer que en el futuro seguirá ocurriendo lo mismo también.

Una organización de carácter sindical puede conducirnos fácilmente al nacimiento de un nuevo Estado. El Estado Sindicalista con todos los vicios y defectos imputables al Estado Patrón del colectivismo marxista. Funcionarismo y casta burocrática que goza de las prorrogativas inherentes al poder. Además, una estructura netamente sindical sólo podrá efectuarse a condición de que el industrialismo capitalista, al pasar a manos del industrialismo obrero, no sea alterado en su proporción productiva porque, de serlo, las grandes masas y los núcleos de obreros industriales deberían disgregarse entonces, diluyéndose en otras esferas de actividad, lo que alteraría fundamentalmente el proyectado régimen sindical.

En cambio, la organización libertaria por federaciones comunales nos parece más adecuada al régimen de libertad propiciado por el anarquismo.

La comuna es más ligera y flexible para adaptarse a las nuevas exigencias de una sociedad sin amos y sin gobiernos. Ella tiene la facilidad de mantenor un inmediato control sobre las necesidades primordiales de la población estudiándose a sí misma en sus medios y deseos. Evita de por sí los peligros que implican, para la revolución, las grandes aglomeraciones humanas del ciudadanismo industrial y reintegra el hombre al seno de la vida esparcida, más bella y natural que la otra, la que tiene por marco el vasto perímetro de la urbe industrial.

Hay también que considerar ahora la tendencia que empieza a manifestarse entre ciertos sectores sindicalistas, y que consiste en ir preparando el espíritu de las masas revolucionarias para que, en caso de una revolución triunfante, entreguen todo el poder al sindicato.

Los anarquistas nunca podemos estar de acuerdo al plegarnos a ninguna con-

cepción revolucionaria, que difiera substancialmente de la nuestra, la cual no se caracteriza por una entrega de poder sino por la supresión de todo poder. El poder, surgido de la revolución, debe pasar al pueblo y mantenerse siempre en él.

INDIVIDUO Y SOCIEDAD.

El individuo no puede eludir la sociedad. Circunscripto a vivir dentro de ella, debe buscar, en sus formas comunes, el máximo de bienestar personal en el orden moral y económico.

Una independencia absoluta no es posible para nadie y podríamos hasta decir que toda sociedad es, en cierto modo, enemiga del individuo. Este tiene que abandonar a aquella parte de sus aspiraciones, de sus pensamientos o iniciativas, porque de lo contrario no habría manera de convivir con nadie. La vida en sociedad sólo es posible a base de concesiones personales dada la disparidad de criterios y de gustos que caracteriza a los hombres tomados en conjunto.

Lo que hay que tener en cuenta es que una sociedad libertaria podrá garantizar al hombre la mayor cantidad posible de felicidad, pero no toda la felicidad deseable que brote del fondo inagotable de nuestro ser.

Toda sociedad trae consigo la restricción de algunas partes de nosotros mismos, en aras de la seguridad y el bien común que su vida nos proporciona. Pero, por ello la sociedad no debe encerrar al individuo dentro de un círculo vicioso porque entonces cae rápido en la tiranía y en la antítesis de su finalidad.

La sociedad debe tener siempre presente el valor del individuo humano, por cuanto éste constituye la reserva personal y moral que ella tiene para no estancarse y perecer. Para ello debe dejar siempre un margen abierto a todo intento y a toda posibilidad mejor, para el individuo que desee orillarse y ensayar otras formas más o menos prácticas de vida siempre que no impliquen un menoscabo para los derechos de los demás.

Que no se repita más, contra nadie, ni en ningún nombre la injusticia perpetrada por los bolcheviquis de no haber permitido más ensayos de organización económica que los suyos, en un país tan extenso como Rusia en donde había espacio para ensayar todas las posibilidades libremente concertadas.

La sociedad y el individuo deben ir de la mano y compenetrarse bien de sus necesidades y desarrollos en pro de un alto concepto de civilización social, humano y justo para todos.

Enrique NIDO.

Hay que abolir el Estado. Esta revolución tendrá mi aprobación. Combatir la idea del Estado, representa la iniciativa individual y lo que está ligado con ella en el orden psíquico como la condición esencial a toda asociación, es el comienzo de una libertad que vale algo.. Cambiando las formas de gobierno no se obtienen más que diferencias de grado, un poco más o menos, — nada que valga. No hay que dejarse imponer por la antigüedad de una institución. El Estado echa sus raíces en el tiempo: se levanta en la duración limitada. Cosas más grandes caerán; toda religión será derrotado. Ni los principios de moral, ni la forma de arte tienen por delante de sí una eternidad. En fin, ¿qué somos nosotros para conservar? ¿Quién nos asegura qué sobre el planeta Júpiter, dos y dos no hagan cinco.

IBSEN.

Los rebeldes del Mar Negro

El voto, como arma de protesta, jamás ha sido preconizado por los anarquistas. Es posible que una vez u otra, un anarquista, obedeciendo a su impulso sentimental más fuerte que la razón, haya introducido en la urna "sagrada" del sufragio universal de los gansos, el maldecido voto. Pero la excepción no hace la regla.

De ahí, que los anarquistas de París, aparte de algún caso aislado, no hayan participado en la votación — que tuvo lugar para protestar contra la condena de los marineros del mar Negro, Marty y Badina. La consecuencia con las ideas predicadas, y la repugnancia que todo verdadero anarquista siente por ese gesto imbécil del ciudadano elector, los ha retenido de inmiscuirse en este asunto que de todos modos es simpático, por los fines que se persiguen.

Luis Badina

Y asimismo, la manifestación del cuerpo electoral parisiense, izando como una bandera de combate los nombres de Marty y Badina, tiene actualmente un significado que no ha de pasar desapercibido para los poderosos del momento. Todas las fuerzas coaligadas de la reacción han sido desencadenadas para impedir que este acto electoral, llevando el nombre de los dos rebeldes pudiese lograr el menor éxito. Pero pocas cosas pueden ser obstaculizadas, cuando el pueblo obra con entusiasmo y cohesión. Y hace pocos meses que Marty fué elegido triunfalmente por el distrito del Sena.

Esta elección significaba claramente lo siguiente: "Amnistía completa para los hijos del pueblo que supieron mantenerse tales antes sus hermanos de Oriente, ante la revolución rusa que defendía las propias conquistas". Solamente que los farsicos que se sientan en el Consejo Comunal de la capital republicana, se negaron a reconocer la legalidad de la elección. El secuaz de la bandera roja, el amotinado heróico de Sebastopol, no debía encontrar un lugar entre los enanos del Hotel de Ville.

Los mismo, luego, acaecía con Badina, elegido por el colegio de Charonne. ¡A la prisión, en la picota los rebeldes, los caracteres íntegros que no quieren ser instrumentos homicidas contra sus propios hermanos!

Y, naturalmente, la amnistía fué negada para ambos. Y ¿quién la hubiera concedido? ¿Poicaré, el hombre cuyas manos están todavía manchadas de la sangre de la última guerra o Millerand, el renegado autor del programa de Sam Quintín, el lobo rapaz del foro y del agiotismo?

La Francia vencedora — la Francia oficial, la que representen todos los más turbios intereses de la política, de las finanzas, del clero y del militarismo ha desatado los mastines de una reacción feroz, contra todo lo que pueda tener la menor atingencia con las ideas revolucionarias.

Y, así, mantiene en la ergástula a idealistas generosos como Marty, Badina, la institutriz Marta Bigot y Cottin, el anarquista, Cottin, quien, por haber rozado el sobretodo del cínico Clemenceau, tendrá que expiar quién sabe cuantos años de cárcel, mientras que un Mangin que envió a la muerte divisiones enteras de hombres, se pasea con el pecho lleno de cruces, de

"esas cruces
que en el siglo de las luces
cuelgan del pecho de los ladrones"

***

Ante la torpeza y la obstinación de los poderes constituidos, los electores parisiense no cejan. Y Marty y Badina han sido electos por segunda vez.

El gesto — más por la intención y el propósito que lleva en sí — no se puede negar, tiene algo de admirable. Quizás, a la postre, no logre eficacia ninguna, puesto que los burgueses se amparan en la legalidad mientras les conviene y recurren a la ilegalidad tan pronto como se ven vencidos, no teniendo escrúpulos ningunos de apelar a la violencia y a la fuerza que, en última instancia, es su verdadero baluarte.

Andrés Marty

Pero, de todos modos la consagración de estos dos obreros hijos del pueblo, no es menos significativa. Su historia es bien conocida por el mundo proletario. Sin embargo, no está de más recordarla con breves palabras.

En Junio de 1919, la flota francesa, hacía un crucero por los mares de Crimea con el objeto de proteger los ejércitos sostenidos por los aliados. Las tropas de los soviets se batían en Odesa y en Sebastopol contra las fuerzas blancas de la reacción. Y los marineros de la república francesa, eran mandados a hacer fuego, no solamente contra los revolucionarios rusos, sino contra el pueblo ruso... Mujeres y niños caían a centenares bajo la lluvia de los proyectiles franceses. Se había bombardeado Kherson, después que las cañoneras habían concentrado su fuego de artillería contra Sebastopol.

Ante tanta infamia, Marty y Badina y una docena de compañeros, se rebelaron, negándose a obedecer las órdenes fratricidas. Su gesto generoso y humano, empero, no tardó en ser castigado. Puestos en la barra, fueron conducidos a Francia, bajo la acusación de alta traición y condenados ferozmente por los jueces galonados. Andrés Marty y Luis Badina, por ser clases, fueron retenidos como los cabecillas del motín, infligiéndoles 20 años de reclusión militar a cada uno.

La burguesía, con toda saña, cumplió de este modo su venganza, contra quienes habían atentado a sus privilegios monstruosos.

Pero como hay dos clases de justicia, la de los poderosos y la del pueblo, éste repudió esa sentencia infame, considerando el fallo como una iniquidad que debía ser revocada y se apresró a la lucha para imponer la libertad de sus dos héroes que supieron, en el momento dado, interpretar sus verdaderos sentimientos...

Ante esta segunda elección, veremos lo que hará la burguesía francesa, aunque, nosotros, muy poca fe tenemos en la eficacia de las armas que la legalidad ofrece al pueblo.

(Conclusión)

Parábola

El Cristo descendió de la cruz, y, dijo a los creyentes que oraban de rodillas ante él: —Hijos míos, sois unos imbéciles. Hace diez y nueve siglos que predicé la paz, y la paz no se ha hecho. Predicé el amor y continúa la guerra entre vosotros, abominé los bienes terrenos, y os afanáis por amontonar riquezas.

Dije que todos sois hermanos, y os tratáis como enemigos.

Hay entre vosotros tiranos y hay gentes que se dejan esclavizar. Los primeros son malvados; los segundos idiotas. Sin la pasividad de éstos, no existirían aquéllos.

Grande es la crueldad de los unos, mayor es la resignación de los otros.

¿Por qué sufrir en silencio cuando se tiene la fuerza del número... del derecho?

No fué ese el espíritu de mis predicaciones; vosotros, los republicanos de la religión la habéis falseado.

Yo vi el origen del mal en la autoridad y en su órgano el Estado, y por eso me persiguieron.

Desconocí el poder de los Césares, como atentatorio a la libertad humana, y por eso perecí en la cruz.

Uno de mis más amados discípulos, Ernesto Renán, ha dicho que yo fuí un anarquista. Ahora bien, si ser anarquista es ser partidario del amor universal, destructor de todo poder, perseguidor de toda ley, declaro que fuí anarquista.

J. Martínez RUIZ.

Suscríbase a "La Protesta" y el suplemento

LA EXPERIENCIA RUSA

Recordaré a los lectores mis dos precedentes artículos:
1er artículo: "El sindicalismo es antiestatista, por esencia y por definición".
2o artículo: "Proletario o burgués, el Estado es fatalmente opresor y explotador.
En consecuencia, el Sindicalismo, después del acto insurreccional victorioso, estará contra el Estado proletario, como lo está hoy contra el Estado burgués.

No me jacto de haber enunciado en mis dos artículos nada de nuevo, ni de personal. He resumido simplemente, pero en términos simples y precisos, la verdadera tesis sindicalista, en sus relaciones con el Estado burgués o proletario.

Creo no equivocarme adelantando que, en el terreno doctrinario, la tesis sindicalista que yo he desenvuelto, es irrebatible y tengo curiosidad por conocer los argumentos *sólidos* que se le puedan oponer. Aguardo sin desesperar.

Mientras tanto hay un acontecimiento histórico, de una importancia considerable, que ha tenido por consecuencia el atolondrar los cerebros débiles y perturbar ciertas convicciones que era dado creer mas firmes.

Ese acontecimiento es la Revolución Rusa.

¿Es cierto que esa Revolución, oponiendo las realidades a la doctrina, nos pone en el trance de renunciar nuestra tesis sindicalista-antiestatista?

Hombres que no han sabido ponerse en guardia contra lo que yo he, muchas veces, llamado *la radiación falaz de la Revolución Rusa*, nos acusan de " no haber comprendido nada y de cerrar sistemáticamente nuestro entendimiento a las enseñanzas de esta Revolución que — dicen ellos — transtorna las doctrinas y las hace crujir bajo el brutal e irresistible esfuerzo de sus realidades".

Descarto toda hipótes's de mala fe o de parcialidad interesada. Esas suposiciones no son habituales en mí, las cuales, sobre todo, no tengo necesidad de recurrir para afirmar y aportar la prueba de quienes son los que pretenden abrumarnos con reproches que ellos merecen.

¿Qué dicen esos hombres que cometen la impudencia de tratar a los anarquistas de contrarrevolucionarios?

Dicen que la experiencia rusa demuestra hasta la evidencia la irrefragable necesidad de la dictadura *para el triunfo de la Revolución social, para la salvaguardia y el desenvolvimiento normal, metódico y cierto de las conquistas revolucionarias.*

Los anarquistas ¿qué dicen? Ellos dicen que la experiencia rusa ha establecido hasta la evidencia que *el régimen de la dictadura conduce al abandono progresivo de las conquistas revolucionarias y remata en la debacle.*

Lo que unos y otros entienden por régimen de dictadura — conviene especificarlo, a fin de evitar toda logomaquia — es la instauración del Estado "proletario".

Al decir de los partidarios del Estado proletario — o de la dictadura del proletario — la experiencia rusa da la razón plenamente a las previsiones y aserciones, a los principios y métodos de acción que caracterizan el socialismo autoritario.

Al decir de los adversarios del Estado proletario — la experiencia rusa da la razón plenamente a las previsiones y aserciones, a los principios y métodos de acción que caracterizan el comunismo libertario.

Si los hechos justifican el decir de los primeros, los comunistas libertarios hacen mal en obstinarse y permanecer fieles a sus doctrinas y a sus corolarios; y, en ese caso, es de los anarquistas que se puede decir que "nada han aprendido y que cierran sistemáticamente su entendimiento a las enseñanzas de la experiencia rusa."

Pero, si los hechos justifican el decir de los segundos, los socialistas autoritarios (en especial los que se dicen comunistas) hacen mal en obstinarse y en permanecer fieles a sus doctrinas y a sus corolarios; y, en tal caso, es de los comunistas que puede decirse "que ellos nada han aprendido y que cierran sistemáticamente su entendimiento a las enseñanzas de la experiencia rusa".

He aquí, me parece, el problema netamente presentado, en términos claros y precisos.

Hay necesidad, entonces, de dejar a los hechos, a los hechos solos, el cuidado de resolverlo de manera igualmente clara y precisa.

Solo los hechos pueden decidir.

Examinemos entonces los hechos imparcialmente, con sangre fría, lealmente, sin otro cuidado que el de la exactitud, sin otra pasión que la de la verdad.

* * *

Poseemos, en la hora actual, luces suficientes sobre los acontecimientos que han sacudido la Revolución rusa, sobre las condiciones en que ella estalló y se prosiguió, sobre los principios que al comienzo, ella afirmó y sobre los fines que ella públicamente se asignaba.

Poseemos las mismas luces sobre las maniobras del Partido Comunista en vista de la toma de posesión del poder; sobre las medidas que le siguieron y las consecuencias fatales de la dictadura de ese partido; sobre las actividades de esa dictadura en el interior como en el exterior; sobre el extrangulamiento de toda propaganda en conflicto, aunque fuera parcial, con esa dictadura; sobre el régimen de violencia y terror que abruma a la Rusia oprimida; sobre la supresión progresiva de las conquistas iniciales; sobre el retorno, apenas disimulado, a un régimen gubernamental que coloca al pueblo ruso sobre el mismo plano de los otros; sobre las transacciones, concesiones y deslizamientos, que han llevado hasta Génova a los representantes del Estado proletario.

No es ya el tiempo en que, los ojos extáticamente fijados sobre Moscú, resueltos a ver en esa ciudad santa, apesar de las brumas que la envolvían, la cuna de la revolución mundial, estábamos inclinados sobre esa cuna, esperando, el corazón desbordante de ternura y el espíritu henchido de ciega confianza, que saliera el glorioso niño cuya fuerza enorme debía derribar por doquiera el capitalismo inicuo y cruel y aportar al mundo la redención tan ardientemente deseada, precio equitativo a tantos sacrificios e inmolaciones!

La verdad nos es hoy conocida: falaz, dolorosa, lamentable.

¿Qué resta de esta declaración altanera y categórica? "No somos los herederos ni los continuadores del antiguo régimen. Es una Rusia nueva que acaba de nacer. Ella no reconoce las deudas contraídas por el zarismo aborrecido y abatido. No las pagaremos jamás".

¿Qué ha quedado? Es el establecimiento de la cuenta por *debe y haber* donde se balancearán los perjuicios sufridos por la Rusia en el curso de las guerras que recientemente le han sido movidas y los millares de millones de los empréstitos de la antigua Rusia, balance que implica el reconocimiento de esas deudas.

Qué se ha hecho de esta declaración que nos hizo sobresaltar de alegría?: "Los obreros han tomado posesión de las fábricas; los campesinos se han apoderado de las tierras. La propiedad individual no existe más. El comunismo ha dado todos los instrumentos de producción a los trabajadores. El capitalista ha sido definitivamente extirpado de Rusia y la propiedad agrícola, industrial y comercial está en manos de todos".

Es el gobierno bolshevista que se encarga en una publicación oficial, exponiendo su nueva política. "Se ova a abolir el monopolio del Estado sobre el comercio de máquinas y útiles agrícolas, semillas, forrajes, etc. El comercio de todos los medios de producción agrícola podrá en adelante ser ejercido, no solamente por el Estado, sino también por las organizaciones cooperativas, *así como por las personas privadas*".

¿Qué se ha conservado de aquella soberbia con que se nos afirmaba que el proletariado estaba definitivamente librado de la explotación capitalista?

No tenemos nosotros la certidumbre en el presente, que, por la introducción del capital exterior y la cesión a las firmas capitalistas mas importantes de la explotación de las inmensas riquezas de ese país, los obreros rusos van a ser librados — ¿qué digo?— lo son ya a la esclavitud y a la miseria que corportan fatalmente las condiciones impuestas al Trabajo por el capitalismo privado y el estatismo aliado?

Qué significa esa hipocresía del desarme propuesta *a condición de que él sea simultáneo y cumplido por las otras naciones*? Digo hipocresía, pues Tchitcherine tenía la seguridad de que una tal proposición sería rechazada sin discusión, y que esa rechazo permitiría al Estado proletario de Rusia, guardar, cumpliendo con su misión, los tres millones de bayonetas que le son tan indispensables para mantener bajo el yugo a los trabajadores rusos, como son indispensables al Estado burgués de Francia los ochocientos mil hombres que le permiten doblegar bajo su dictadura a la clase trabajadora francesa.

En fin, es un hecho conocido y sobre el cual tenemos las precisiones mas seguras: los Soviets desaparecen como tales, a menos que se sometan a la dominación absoluta del Partido Comunista.

Un indescriptible atascadero, una angustia inexplicable, una legislación feroz, una policía salvaje, un ejército colosal, el abandono gradual de todas las conquistas revolucionarias, exacciones sin número, una represión inaudita, un retorno cínico — insolentemente llamado "la nueva política soviética" — a los peores horrores del régimen capitalista, tal es el balance de este Estado proletario que se persiste en darnos como modelo y a cuyo triunfo se obstinan a empujar al sindicalismo. ¡Muchas gracias!

...¿Dónde están, digaseme, los que nada han aprendido y cierran sistemáticamente su entendimiento a las lecciones que se desprenden de la experiencia rusa?...

***

Se nos dice que los hombres de Rusia, realistas ante todo, se han visto en la necesidad de obrar como lo han hecho.

Convengo en ello, y desde el día en que fuimos informados exactamente de la constitución del Estado proletario, hemos previsto que él asesinaría la Revolución naciente. Si hemos combatido y combatimos con tanto ardor la dictadura del Partido Comunista sobre el pueblo ruso, es porque, sin poseer el don de la vista doble, teníamos la inquebrantable seguridad que, desconociendo la actividad creadora de las "masas" de quienes sus escritos están llenos, pero su corazón vacío, paralizando las iniciativas, aplastando las energías, desvalorizando las mejores voluntades, matando las energías latentes de que las masas son potencialmente ricas, el Estado proletario retornaría insensible y fatalmente a los *Vómitos* que están en la esencia y la naturaleza de todos los Estados.

Es porque nosotros sabíamos que asistíamos — angustiados y desesperadamente entristecidos porque amamos la Revolución rusa como se debe amarla — al drama increíble de un partido *condenado por la aplicación misma de sus principios* y por las medidas que le impusieron *de toda necesidad* las bases sobre las cuales descansa su doctrina, a *estrangular con sus propias manos la Revolución que él pretendía salvar frente y contra todo y todos.*

Nuestras previsiones, han sido sobrepasadas: la Revolución rusa está agonizante y va a recibir en Génova el golpe de gracia.

Que se guarde sobre todo de inculpar a Lenin, Trotzky, Zinovieff, Tchitcherin y los otros jefes del Partido Comunista, como personalmente responsables de la debacle. Se afirma que Tchitcherin es un diplomático consumado, Zinovieff un organizador de primer orden, Trotzky un jefe incomparable y Lenine un hombre de Estado prodigioso. Actividad devorante, inteligencia genial, golpe de vista maravilloso, voluntad de hierro e incorruptibilidad, se les adorna de todas las virtudes.

Sea, y ello nos da más fuerzas para concluir que, si entre manos tan expertas, tan viriles y seguras, el Estado proletario ha asesinado la Revolución, es la prueba, la prueba decisiva e indiscutible que Revolución y Estado, aun proletarios son enemigos mortales y que la Revolución social debe aniquilar al Estado si no quiere ella ser aniquilada por el Estado.

Tal es la enseñanza que debe sacar de la "experiencia rusa" *quien quiera aprender algo, inspirarse en realidades y no cerrar sistemáticamente su entendimiento a la lección de los hechos.*

Resumo: La experiencia rusa condena el Estado proletario y aporta a la tesis sindicalista antiestatista una afirmación sin réplica.

Sebastián FAURE.

PEDRO KROPOTKIN

SU ACTITUD ANTE LA GUERRA

En el presente artículo, quiero tocar un lado de los pensamientos de Pedro Kropotkin, que no se expresa directa y claramente, sino que impregna todos sus escritos, no siendo por esto siempre notado. Me refiero a aquellas particularidades de su criterio espiritual, que dictaron su actitud hacia la guerra.

A muchos les pareció un acto insólito y provocó una polémica acerba. Para aquellos que habían conocido personalmente a Kropotkin y habían tratado con él sobre cuestiones políticas o históricas, era esto un acto completamente comprensible y natural. Aun más. Se desprende de todos sus escritos, como puede comprobarlo cualquiera que los lea, no con el ánimo de encontrar en ellos aquello que hace diferir el anarquismo de las demás escuelas del socialismo, sino el que también puede notar sus tendencias humanas. Se puede o no estar de acuerdo con estas tendencias; no es esto lo que quiero tratar ahora. Unicamente quisiera aclarar — dentro de lo posible — las fuentes y el pensamiento interior de los que emana la posición que asumiera Kropotkin hacia la guerra.

Aclararlo rigurosamente desde un punto de vista objetivo, sin agregarle y sin quitarle nada, evitando toda interpretación libertaria, es mi única intención.

Se puede decir que el punto de vista de Kropotkin, salvo algunas excepciones, no fué comprendido ni por la gran masa ni por nosotros mismos. Algunos buscaban la explicación en el hecho de que Kropotkin había estudiado a fondo y amado profundamente a Francia. Que la había idealizado, llegando a considerar su defensa como una tarea de progreso. Otros, acordándose de su amor intenso a Rusia, veían en él, ante todo, un patriota ruso, el cual en toda guerra tomaría el partido de Rusia. Otros más, ingeniáronse en ligarlo con los eslavófilos, haciendo notar con este motivo el odio eterno que profesan los rusos a los alemanes. De más está decir que todas estas suposiciones están lejos de interpretar el pensamiento y el sentimiento de Kropotkin. Las fuentes de donde emana su actitud hacia la guerra, hay que buscarlas mucho más hondo.

Al leer las obras de Kropotkin, vemos que la humanidad tiende, en todo el

transcurso de su historia, a libertarse de toda clase de opresión. En distintas épocas y en distintos países adquiría la opresión de las clases dirigentes sobre las masas populares, distintas formas. Eran por eso también distintas las formas interiores de los movimientos revolucionarios libertarios, la inspiración de sus ideas y lemas. El levantamiento de los esclavos en la antigüedad; las guerras de los campesinos en la Edad Media; la lucha de las comunas burguesas contra los señores feudales; la aparición de la sectas religiosas igualitarias y su lucha por la libertad de conciencia; la resistencia a la opresión política; el llamado a la "libertad, igualdad y fraternidad" de la gran revolución francesa; las aspiraciones, aún más claramente expresadas, a la igualdad económica de los primeros socialistas; el movimiento obrero actual, el socialismo y sus dos ramas, la autoritaria y la libertaria, todo esto son fases diversas, momentos diferentes, expresiones distintas de una sola gran lucha para aumentar el caudal de libertad y dicha para la humanidad. Cada una de estas expresiones merece nuestra atención y simpatía. ¡Y cuán nítida se destaca esta simpatía hacia la difícil tarea liberatriz de los pueblos en el transcurso de todas las edades, a través de todas las obras de Kropotkin! Tomad "El Estado, su papel e historia", "La ciencia moderna y la anarquía", "El apoyo mútuo", "La gran revolución francesa", y veréis como aprecia Kropotkin este movimiento de avance de la humanidad, bajo todas sus formas.

Más que ningún otro, trató Kropotkin de demostrar que únicamente la realización del ideal anarquista puede traer la libertad e igualdad efectiva para la humanidad y asegurar un amplio desarrollo a la individualidad. No miró, sin embargo, con desprecio las conquistas, que la humanidad hiciera en su camino, en la lucha que tuvo que sostener, no tan solo para aproximarse más al porvenir, sino también para oponerse a que retorne el pasado en sus aspectos peores. Todos sabemos lo extraño que le era a Kropotkin aquel "comunismo" que hace hablar a muchos anarquistas rusos como de algo secundario (y en realidad hablar y no sentir) de la lucha política con la autocracia rusa, en la cual no veían ellos más que un carácter burgués-constitucional. Kropotkin no admitía que una lucha tan *libertaria* no conmoviera al anarquista, como tampoco admitía que en parte alguna pudiera un anarquista negarse a defender, de los ataques reaccionarios, las libertades conseguidas.

Lo mismo en todos los demás casos. Internacionalista, no tan sólo en palabras, sino también en la vida; hombre de acción, para el que el movimiento revolucionario universal era caro y amado, apreciaba, al mismo tiempo, altamente la independencia nacional y consideraba la opresión de un país como un gran delito. Simpatizó con los boers y con la sublevación del Egipto contra Inglaterra; con el movimiento irlandés, y con la lucha de Macedonia contra Turquía. Simpatizó con los polacos y los finlandeses en su lucha contra Rusia. El sometimiento nacional, solía decir, tiene puntos de contacto con la opresión social; descontando ésto, es el movimiento nacional un obstáculo para la lucha social. En un país oprimido por extranjeros (lo mismo cuando se encuentra bajo un pesado despotismo político) no resaltan tan claros los intereses antagónicos de los diversos grupos sociales que componen aquella nacionalidad. Para que los problemas económicos y sociales ocupen la primera línea, es necesario limpiar el campo de cuestiones nacionalistas o puramente políticas. Pero aún así, no podía menos el federalismo de Kropotkin que traerlo a la siguiente conclusión:

¿Si reconoce el derecho de propia determinación, de existencia libre para cada comuna, para cada unidad territorial, cómo podría no reconocer este mismo derecho para cada país y para cada región?

Llegado a esta conclusión, se nos explican muchas cosas. Se explica su simpatía — en la última guerra — para con los países cuya independencia era amenazada por Alemania (la cual no ocultó sus planes de onquista). eSe explica de esta manera, por qué consideraba él que países políticamente avanzados, como sería, en este caso, Francia, tienen que defenderse de enemigos monarquistas y feudales, que la querían ahogar con su potencia militar. Para ello no ha necesitado Kropotkin profesar un amor especial a Francia, ni un odio exclusivo a Alemania: si el mismo caso se hubiera presentado al revés, él se hubiera puesto del lado de los alemanes.

El punto de vista de Kropotkin era, durante la guerra, *puramente internacional*: estaba suspenso no de las circunstancias de tal o cual país, sino de la suerte de toda Europa y de su progreso. Estaba seguro que con la victoria de Alemania se iniciaría en Europa una cruel reacción que duraría varios decenios, que paralizaría todo movimiento social; de ahí que haya creído que el deber de todo hombre progresivo era el de combatir este peligro. Hablando, en una de sus cartas, sobre los rusos, los cuales, por el solo hecho de contarse Rusia entre los adversarios de Alemania, auguraban la victoria de esta última, decía: "Son exclusivamente patriotas rusos, no viendo, por consiguiente, en la victoria alemana, más que el debilitamiento del zarismo ruso, no importándoles para nada la suerte del resto del mundo". Mas, él mismo abarcaba toda la tierra. Cuando le indicaban la segunda potencia reaccionaria — Rusia — solía contestar; "Cuando Rusia se convierta en peligro para los demás países, deberemos todos luchar contra ella; mas en este momento el peligro no proviene de ella, sino de Alemania. El imperialismo ruso es demasiado débil y pronto se disgregará el solo".

***

Existe otra fase del problema, que es necesario recordar: la antimilitarista. A muchos les pareció extraño que Kropotkin, antimilitarista, haya podido defender una lucha armada de ejércitos. Pero el caso es que su antimilitarismo no es, por ejemplo, como el de Domela Nieuwenhuis. Su antimilitarismo tenía un carácter menos individual y más político. Explicar la diferencia que existe entre uno y otro es algo difícil, pero consistiría aproximadamente en lo siguiente: A Kropotkin lo interesaba poco saber si puede un revolucionario entrar en el ejército y someterse a la disciplina militar; si puede fabricar, llevar y emplear armas, etc.; para él, el militarismo, el engrandecimiento y fortalecimiento de ejércitos y armamentos, por un lado trae el afianzamiento de las castas militaristas y por otro mantiene la amenaza constante de la guerra, cosas ambas que traen en pos de sí la reacción más brutal. De ahí que no le interesara tanto, aun antes de la guerra, aquella propaganda antimilitarista, que se llevaba a cabo en cada país, como el peligro para toda Europa que encerraba en sí el centro militar de Alemania. Esperaba continuamente la guerra y consideraba que la única manera de evitarla, era un movimiento antimilitarista en Alemania misma. Y cuando la guerra estalló, interpretó él la lucha contra el ejército alemán como la lucha directa y real contra el militarismo, como condición indispensable del *anti-militarismo*.

La defensa armada contra un ataque armado jamás la negó Kropotkin. De más está decir que era enemigo acérrimo de los ejércitos organizados (es conocida su oposición a la introducción del servicio militar obligatorio en Inglaterra, durante la guerra) representando la defensa del territorio en un país libre, por el ejército popular, compuesto por batallones voluntarios (todos hemos leído lo que escribió sobre el papel que desempeñaron los voluntarios en la gran revolución francesa). Pero una vez iniciada la guerra en condiciones que hacían imposible la aplicación de estos principios, interesaban poco los medios a emplearse en la organización de estos ejércitos. Lo más importante eran los móviles y resultados de la guerra misma.

De entonces acá ha cambiado mucho el modo de plantear la cuestión. ¿Quién osará afirmar hoy que la Rusia revolucionaria no debía defenderse de los enemigos exteriores: los aliados y sus agentes, los polacos, etc.? ¿Y quién se atrevería a decir que un revolucionario no puede, por sus principios, entrar en el ejército rojo para participar de esta defensa, por más que este ejército no es menos disciplinado que cualquier otro, por más que esté bajo el mando de ex generales zaristas? No podemos menos que reconocer que las guerras que sostuvo Rusia para su defensa y Francia para la suya, difieren mucho una de otra; comprenden distintas épocas históricas. Pero esto ya es una cuestión completamente distinta. Se puede discutir si es conveniente defender una república burguesa contra una monarquía feudal, o si en general no conviene defender cualquier cosa fuera del socialismo; pero desde el punto de vista puramente antimilitarista, no consiste en esto el problema; la lucha de los ejércitos se efectúa en ambos casos y el espíritu del militarismo se desarrolla en una y en otra parte.

Cuando se seleccione y se publique todo lo que Kropotkin ha escrito durante la guerra, será, naturalmente, su punto de vista mejor comprendido. Ahora terminaré con un extracto de una de sus cartas, correspondiente a febrero de 1916. En esta carta se trata de muchos problemas importantes; entre otros, también sobre los casos en los que la teoría y la práctica no pueden ir juntas.

"Nunca acepté esta separación", escribe Kropotkin. "Si lo que se afirma en teoría no es realizable en la práctica, significa ello, que la teoría no es completa, que ello no aprueba aquellas relaciones, en los cuales aquello que ella afirma es verdadero".

"...Todos los pueblos son hermanos y todos los tiranos son enemigos", decían los teóricos del socialismo en 1848. Con ello expresaron una teoría muy bella; pero se olvidaron de aquellos casos cuando los tiranos y el pueblo se unen, en cuyo caso habría que decir: "Los pueblos serían hermanos, si no siguieran a sus tiranos, que los convierten en enemigos". La Internacional (la primera, la verdadera) comprendió esta debilidad. Declaró por ello la *independencia de las naciones* y el derecho de los países oprimidos de luchar contra las naciones que las oprimen, obedeciendo con ello a sus tiranos. Al principio de su fundación, declaró la Internacional, ser el deber de todos los países libres de ayudar a Polonia, que había hecho la sublevación de 1863, para derrotar al absolutismo ruso, al que mantenía el pueblo ruso en su propio perjuicio... La Internacional hizo conocer el derecho de cada pueblo a desarrollarse libremente siguiendo sus propios impulsos y a levantarse contra todos aquellos, nacionales o extranjeros, que pretendieran quitarle este derecho. *Declaró ser el deber de todos los obreros unirse para luchar contra todo país que intentara esclavizar a otro país.* Por eso llamó Bakounine, en 1871, a los *obreros alemanes* a cumplir con su deber y levantarse contra su gobierno, que quería apoderarse y someter una parte de territorio francés. Pero como Bakounin y sus amigos sabían que el pueblo alemán no les haría caso, dirigiéronse a los revolucionarios de todo el mundo llamándolos en defensa de Francia contra sus conquistadores. Y cuando los miembros parisienses de la Internacional, solidarizándose con los blanquistas, izaron la bandera de la "Commune", esperaban que con el esfuerzo que ella hiciera se podría expulsar a los alemanes de Francia. Comprendieron ellos que si lo consiguieran sería este el único medio eficaz para emprender la Revolución Social, o por lo menos dar los primeros pasos en esa dirección. Con el mismo objeto fuéronse muchos "bakouninistas" y dos amigos personales de Bakounin, en 1877, a los Balkanes, a apoyar el movimiento de los montenegrinos y demás pueblos eslavos contra el yugo turco, y defendieron su causa en el "Boletín de la Federación del Jura". Más tarde, en 1881, trasladóse uno de ellos a Alejandría, para apoyar la sublevación en el Egipto en pro de su independencia. Por esta misma razón, defendió siempre nuestra prensa la independencia de Irlanda, de los boers, del Cáucaso, de Polonia, de Finlandia, no sometiéndose nunca a la propaganda de los que decían que todos los esfuerzos de los obreros deben tender a la "conquista del poder" para su clase. La teoría iba siempre de acuerdo con la Práctica".

Y Kropotkin continuó defendiendo hasta el final esta teoría y esta práctica.

M. CORN.

(Del "Freie Arbeiter Stimme", núm. 14, febrero 24, de 1922).

Concebir y querer lo mejor, intentar la bella empresa del ideal, es convidar, es arrastrar hacia él a todas las generaciones que vendrán después de nosotros. Nuestras más altas aspiraciones, que parecen, precisamente, las más vanas, son como ondas, que habiendo podido llegar hasta nosotros, irán más lejos que nosotros y acaso, reuniéndose, simplificándose conmoverán al mundo. Yo estoy bien seguro de que lo que hay de mejor en mí no sobrevivirá. No; ni uno solo de mis sueños acaso será poseído; otros los soñarán después que yo hasta que se realicen un día. Esa fuerza de olas, que mueren como las del mar, logra formar en orilla, dibujar el techo inmenso donde ellas se mueren.

M. GUYAU.

Ya está á la venta
el libro de 172 páginas
"LOS ANARQUISTAS"
Por C. Lombroso y la refutación por Ricardo Mella
Precio: UN peso

DAUMIER

PRECURSOR DE UN ARTE REVOLUCIONARIO

El punto de vista adoptado por los críticos y los historiadores de Arte que pretenden hacernos comprender y amar a Daumier, tiene un interés muy secundario y efímero para nosotros, los artistas revolucionarios y para el pueblo.

Es que precisamente esos historiadores y esos críticos sólo se limitan a señalarnos la belleza formal

de tal o cual grabado de Daumier, sin revelarnos todo el alcance filosófico de su labor que en su tiempo, y aún hoy, es la labor más formidablemente revolucionaria de un artista que habiendo salido del pueblo, supo siempre estar con el pueblo, defendiendo sus derechos y abogando denodadamente por su emancipación.

Si estos críticos contemplan una de las vigorosas planchas, en que la sátira contra los poderosos alcanza las agriedades de un Swift, no dejarán por cierto de hacer notar la belleza, la seguridad de ejecución del artista, pero pocas cosas os dirán de los motivos orientadores que impulsaron al hombre, al creador, al Daumier, poseído por un afán de justicia y reivindicación... Y esto es, precisamente, lo que a nosotros más nos interesa hacer resaltar. Porque Daumier, como todo gran artista, fué también un gran rebelde.

Los lápices, los colores y la pluma no fueron más que simples medios para manifestar su amor hacia los humildes y su desprecio contra los que usurpan todos los derechos y se erigen en amos.

La nobleza de espíritu que respira toda la obra de este caricaturista y pintor formidable, es lo que más vale y lo que más merece ser tenido en cuenta.

De una integridad moral a toda prueba, vivió siempre pobre y a veces perseguido por la justicia de su tiempo. Son famosas las campañas que llevara a cabo en el "Charivari". Fué, antes que un artista que elabora un concepto de belleza, encerrado en su torre de marfil, un luchador, un periodista que comenta la actualidad y que gráficamente, con unos cuantos trazos de su lápiz, le enseña al pueblo cómo debe obrar para desembarazarse de los molestos zánganos, ocupados en chuparle la sangre.

El arte, tal como lo concibió Daumier, fué un arte humano, encendido por un ideal de nobleza, de verdad profunda y significativa. No era, no, el juego fútil y estéril del arte de nuestros días.

Y a pesar que para ganarse el pan cotidiano había de trabajar como un forzado, nunca en su producción se conformó a los deseos que siempre manifiesta una clientela numerosa y mezquina. Ese observador sutil del diario vivir, ese caricaturista, ese satírico, en lo íntimo y lo profundo era un apasionado y un sensitivo. Cuando la indignación le poseía, sus dibujos llegaban a un vigor pocas veces igualado en los anales de la ilustración periodística y cuando penetrado de ternura, evocaba escenas del pueblo, su acento era de tal dulzura, de tal persuación, que inunda de una luz nueva a todos los ánimos que esperan tiempos mejores, más ecuánimes.

No cabe duda que su producción copiosísima, debido a la esclavitud semanal a que hubo de someterse, no puede ser calificada de obra maestra en todos sus detalles. Basta decir, para dar una idea del número de sus dibujos, que uno de los catálogos últimamente confeccionados en París reune como 4.000 planchas litográficas, sin contar los bocetos. Pero si no todas sus planchas pueden considerarse como magistrales, la obra considerada en conjunto es de una nobleza de intención y de propósitos que honraría al más grande artista.

Contemporáneo de Corot, éste tuvo por Daumier una verdadera devoción, comprendiendo todo lo que ese gran artista valía. Y mientras los críticos y el público le negaban el derecho de ser pintor por habérsele catalogado como dibujante, caricaturista, litógrafo, etc., Corot era el que adquiría los cuadros de Daumier.

Luego, por fin, la reivindicación justiciera llegó. En 1878, pocos meses antes de su muerte, patrocinada por los mejores artistas de Francia, en lo de "Duran Ruel" se hizo una exposición de los cuadros de quien sólo había sido considerado hasta ese entonces como un dibujante satírico y panfletista político. El triunfo, si no fué ruidoso, por lo menos reveló a un selecto número de entendores todo lo que había de gran pintor en Daumier.

Más tarde, en 1900, en la exposición Universal de París, una nueva exposición de los cuadros y planchas litográficas de Daumier, vino a confirmar con creces el juicio anterior. Los críticos y, sobre todo, el pueblo y los artistas más revolucionarios llegaron a reconocer que Daumier había sido y es uno de los más grandes pintores, uno de los maestros absolutos de su siglo, uno de los que el arte francés y universal puede enorgullecerse con justicia, pues es uno de esos artistas universales que cuentan en todos los países y en todas las épocas.

¡Efectivamente, que reserva más grande de esperanza y voluntad, cuán profundos y genuinos son sus sentimientos bondadosos y qué fervor en la muda evocación de los obscuros dramas de la vida.

Enumerar los títulos de sus obras es resucitar en la memoria una multitud de imágenes punzantes y dolorosas. ¿Quién que haya visto su "Don Quijote" y su "Sancho Panza", sus "Abogados" y sus "Emigrantes" podrá olvidar la inefable expresión ya de angustia o de dolor mudo y disimulado?

¿A qué gran maestro del pasado, o mejor todavía, a cuantos maestros contemporáneos no ha sido comparado Daumier?

Porque Daumier fué un precursor extrañamente fecundo. Cuando procede por establecer planos y valores, mediante tintas neutras, sombrías, desde donde poco a poco se desprende la luz, se pensará inevitablemente en los métodos de Eugenio Carriére. Cuando acusa de un vigor tan expresivo, con trazos casi violentos, la vehemencia del sentir de sus personajes, comediantes en este gran teatro que es la vida, en seguida acuden a la memoria las escenas pintadas por un Degas a un Toulouse Lautrec....

Es que Daumier, como todos los grandes artistas, se adelantó al sen-

tir moderno. Además, nadie poseyó como él, esa conciencia y esa sinceridad esencial en todo arte — de querer permanecer fiel a la verdad que se presentaba antes sus ojos.

Pero la personalidad confidencial de un artista se revela mejor todavía en sus croquis y bocetos que, por lo general, son anotaciones espontáneas tomadas al azar. Y Daumier tiene mucho de escultor. Por eso se le ha podido comparar por el vigor de sus volúmenes, a Crame, uno de los últimos renovadores de la pintura contemporánea.

Sin embargo, por la amplitud de su visión, por el amor entrañable que puso en todas sus obras, aún en las más insignificantes y por la violencia con que estigmatizó el mal, realizando en cierto modo una obra plástica de proyecciones sociales, Daumier, en los anales del arte es casi único y digno de ser vulgarizado para que el pueblo lo ame y lo comprenda.

Los periódicos revolucionarios harían una obra de alta cultura, si, de cuando en cuando, reprodujeran sus planchas litográficas que comentan una actualidad que no es solamente de ayer, sino de todos los tiempos.

Nosotros, por nuestra parte, hemos de volver a hablar de Daumier, haciendo su biografía e intentando poner en evidencia todo el alcance social de su obra pictórica, que no solamente es plásticamente irreprochable, sino que, además, se halla ennoblecida por preocupaciones filosóficas de honda trascendencia, hoy, de rigurosa actualidad.

AT.

La integración humana

Por PAUL GILLE

(Concluirá)

Esta prudencia despertada es en realidad, el contrapeso de la pasividad mecánica que está en el fondo de toda doctrina estatal como en el fondo de todo dinamismo metafísico. La conducta humana es esencialmente de fuente psicológica, y si es verdad que el mundo exterior obra siempre bajo alguna forma sobre la voluntad mismo, no es menos cierto que la naturaleza energética del hombre hace que no pueda ser reducida a un rol puramente pasivo y que, cualquier cosa que piense, principalmente la escuela materialista de Marx, el rol de las ideas fuerzas, el rol de la imaginación y del sentido íntimo, el rol de la impulsión psíquica es capital. Es de ahí que procede, es de ahí que brota la disciplina moral del hombre, y la historia del progreso humano es la historia misma del desenvolvimiento de la conciencia y de la razón creadora.

IV

La justicia humana

El hombre regula su conducta según su concepción del mundo, según su concepción de la vida — por incompleta y por rudimentaria que sea esa concepción. La evolución humana es así esencialmente: no desagrada a los fanáticos del marxismo y a los apologistas de la fuerza brutal, *una evolución filosófica*.

La cuestión social no es una simple cuestión material; es también, y por encima de todo, una cuestión de *conciencia*, de concepción cosmológica, de razón y de justicia. La cuestión intelectual, la cuestión filosófica la domina y le da la clave.

El sentimiento del derecho es, en efecto, la fuerza motriz por excelencia de las sociedades humanas. En el mundo humano, la fuerza, la verdadera fuerza, la fuerza soberana, la fuerza específica, es el derecho. Es él quien determina la norma de las relaciones. Es él quien arma la conciencia moral del individuo. Es él el principio orgánico de la vida colectiva.

Pero el derecho, como la ciencia, tiene su fuente en la razón humana. Es la razón, fuerza creadora, la que da nacimiento a esas fuerzas nuevas; es por ella que esas fuerzas aparecen en el mundo. En lo que concierne especialmente al hombre, *la razón, puede decirse, crea la fuerza.*

Razón humana, razón *viviente y fecunda*, razón creadora, que no hay que confundir con la razón muerta, absoluta, de los metafísicos, con la idea lumóvil de Platón.

Ciertamente, el instinto de justicia, el instinto de lo justo, existe antes de toda razón discursiva, antes de toda razón explícita. Pero como ha dicho Elías Reclus, "nunca el instinto, por sagaz o ingenioso que sea, llegará a la comprensión vasta y luminosa de las cosas que elabora silenciosa y seguramente". (*Les primitives*, prefacio, p. XIII). Este, es verdad, comienza por extraviarse, por verter en imaginaciones infantiles, simplistas, ingenuas, por alimentarse de milagros, de ilusiones, de quimeras, de ideas vacías y ridículas, para llegar a la superstición y al absolutismo. Pero poco a poco se disciplina al contacto con la realidad; se fortifica, se desarrolla, se emancipa de los vanos sueños de su infancia, crece en justeza y en potencia, adquiere, en fin, su equilibrio normal y su mayoría científica. Es el curso natural de la evolución mental, tal como lo ha notado Comte en su ley de los tres estados.

Evolución mental, evolución filosófica, evolución moral, la evolución de la razón entraña la de la concepción de la justicia. La organización social no es, en efecto, más que un prolongamiento de la organización del mundo. La justicia no es más que un aspecto del orden universal. Y todo cambio en la concepción sintética del universo, todo progreso de la filosofía, implica un cambio en la concepción de las relaciones humanas, un progreso hacia una justicia más justa.

Justicia más justa, justicia más clemente también: justicia más verdadera y plenamente humana, más compenetrada de ese espíritu de bondad sin el cual la humanidad no es más que una vana palabra y la justicia misma un señuelo cruel, una injuria permanente a la equidad y al derecho humano.

Porque el progreso, el progreso en general es sobre todo, en último análisis, un *progreso de la clemencia*, — un progreso de la armonía de las cosas y de los seres, un suavizamiento creciente de la vida y, para coronar ese desenvolvimiento orgánico, un florecimiento de la dulzura y la bondad humana.... Nada de esa bondad sin fuerza, de esa bondad abúlica y pasiva que ha predicado el budhismo, nada de esa resignada dulzura hecha de debilidad y de abdicación, que ha preconizado el evangelio cristiano, sino una bondad viril, hecha a la vez de fuerza y de dulzura, de justicia escrupulosa y de ternura humana:

Bondad voluntaria al mismo tiempo que orgánica. Virtud — y no debilidad — pero virtud a la vez intuitiva y razonada.

Pero el germen de la clemencia humana es anterior a toda razón razonante. Ya en la humanidad primitiva, ya en las especies zoológicas, el niño, el pequeño ¿no es un objeto y un factor de clemencia? "El solo hecho de su existencia prueba, según la nota juiciosa de Elías reclús (*Le mariage tel qu'il fut et tel qu'il est*), que no es absolutamente el derecho del más fuerte, como dijeron los filósofos de débil alcance, sino el derecho del más débil, que está en la humanidad como en las especies animales".

Cuando, más tarde, la razón interviene, es sobre datos ya adquiridos que opera, es sobre esos datos impulsivos que viene a injertar un elemento nuevo, un elemento regulador: el pensamiento filosófico, fuente cerebral, fuente intelectual de disciplina y de justicia.

Esa disciplina, esa justicia varían con la concepción del mundo, que las manda. Teológicas primero, fetichistas, derivándose de lo arbitrario y de la autoridad divina, agotan sucesivamente, en su evolución progresiva la serie de fases de una superstición que se hace más y más abstracta e inmaterial para acabar no siendo más que un refugio de entidades verbales y de abstracciones metafísicas. En fin, extinguida toda superstición, desaparecida toda imaginación autoritaria, es un realismo científico despojado de toda superposición ilusoria donde encuentran definitivamente su principio y su fuerza.

Su carácter está ligado al de la filosofía de que dependen, de la que ellas no son más que la culminación práctica; está ligada al de la cosmología de que no son más que la consecuencia lógica y que proporciona el principio que las determina, la imagen que las concreta, las realiza y las anima. Esta imagen es primeramente la de la divinidad, símbolo de lo arbitrario y del buen placer, fuente de obediencia pasiva y de abdicación de sí mismo. Pero poco a poco la razón humana se emancipa de esa fantasmagoría; rechaza toda metafísica, toda ilusión autoritaria, todo absoluto, para no fundar su criterio más que en la idea general, universal, de humanidad, en el símbolo viviente, a la vez científico y concreto, del gran organismo colectivo, del organismo *humanitario*.

Este realismo grandioso concilia el buen sentido más práctico con el idealismo más generoso. Este humanitarismo consciente concilia la fuerza con la clemencia. Une, en una síntesis redentora, que es como la flor de la vida terrestre, la energía con la dulzura, la firmeza con la ternura, la justicia con la caridad. Ese humanismo integral es la tierra de promisión de toda la historia humana, de toda la evolución zoológica. Es lo que no ha comprendido Nietzsche, en su extravío, en su locura de orgullo y de dureza, en su megalomanía antihumana y su "inmoralismo" feroz, en su desconocimiento sistemático y radical del "gran fin de caridad humana que constituye el interés permanente de la vida".

V

Conclusión: el reino humano

La verdad es que a medida que la vida se hace más armoniosa y más clemente, se hace también más delicada y que el desenvolvimiento normal de la vida consciente sobre nuestro globo se persigue en el sentido de una disminución creciente de la brutalidad y de la torpeza originales, en el sentido de un aumento creciente de la delicadeza y de las fuerzas sutiles del espíritu. "Visitad, dice W. Monod, visitad un museo de paleontología, meditad sobre los esqueletos gigantes de la fauna antediluviana; revelan una dramática y sublime historia, la rivalidad secular entre el cerebro que crece y la médula espinal que disminuye".

"Al principio el órgano predestinado del pensamiento se balancea, imperceptible, al fin de un espinazo y de un cuello desmesurados, como una lamparilla en la extremidad de una percha. Poco, poco a poco, el complejo mecanismo de los reflejos ciegos y de los instintos brutales se rinden ante el encéfalo vencedor que llena, lentamente, la caja craneana, comba la frente, redonden la cabeza en forma de cúpula protectora, de cúpula de santuario. La cuna de la inteligencia está lista". La idea refleja se sobrepone al impulso reflejo.

Pero este "imperio divino de la razón" no es el de la insensibilidad: es también el imperio de la afectuosidad humana, de la ternura afectuosa del hombre hacia sus semejantes, hacia sus hermanos y sus parientes, próximos o lejanos. Inteligencia y sensibilidad son inseparables. El desenvolvimiento de la inteligencia no es más que un aspecto, una forma del desenvolvimiento más general de la sensibilidad y de la vivacidad del ser vivo. Y el despertar progresivo de la razón— de la razón sensata— no se produce sin el despertar progresivo de la impresionabilidad, y principalmente de la impresionabilidad simpática.

Es así que se desarrolla al mismo tiempo y al mismo impulso la inteligencia y la clemencia humanas. Es así que el hombre, que el ser humano *se humaniza* más y más que el antropoide, apartándose poco apoco de los simios, de los monos ancestrales, marcha con su paso siempre más firme y seguro hacia la *integridad humana*, hacia el triunfo de la justicia humanitaria, hacia el reino radiante de la verdad científica y de la bondad plena.

Esto será, verdaderamente, un nuevo *reino* de la naturaleza; el *reino humano* en el cual la lucha y la selección transpuestas, no se establecerán entre los individuos, sino entre las ideas, entre las ideas concretadas por la prensa; en el cual, de ese modo, la ley de evolución se afirmará sin choques, en la armonía y en la paz, para la mas grande felicidad de todos; en el cual, en fin, el amor habrá vencido y destronado el odio.

ANIMALADAS

Poco a poco la conversación se hizo interesante y Micromegas (ser imaginario, de ocho leguas de estatura, habitante de un planeta de la estrella Sirio, y llegado a la Tierra en compañía de un habitante de Saturno) habló de esta manera:

"Oh, átomos inteligentes, sin duda gozaréis alegrías bien puras en vuestro globo, porque con tan escasa materia y pareciendo todo espíritu, debéis de pasar vuestra vida pensando y amando, como corresponde a verdaderos espíritus. No he visto en parte alguna la felicidad verdadera; aquí existirá sin duda".

A este discurso, todos los filósofos movieron la cabeza negativamente, y uno de ellos, más franco que los otros, declaró de buena fe que, a excepción de un corto número de habitantes muy poco considerados, el resto es un conjunto de locos, de perversos y de desgraciados. "Tenemos materia de sobra para obrar el mal si el mal procede de la materia, y demasiado espíritu si el mal procede de éste. Sepa usted que en este momento en que le hablo, (en 1737, en cuya fecha había guerra entre rusos y turcos) hay cien mil locos de nuestra especie que usan sombreros, matan otros cien mil que se cubren la cabeza con un turbante, o al revés, y que así se hace en toda la tierra desde tiempo inmemorial". El siriano tembló y preguntó cuál era el motivo de tan horribles querellas entre tan raquíticos animalillos. "Se trata, dijo el filósofo, de un montón de barro (la Crimea que pertenecía entonces a la Turquía), no es más grande que vuestro talón, y no es que a ninguno interese lo más mínimo el asunto por el cual se hacen degollar, sino que es cuestión de saber si ha de pertenecer a un hombre a quien se llama Sultán o a otro llamado César. Ni al uno ni al otro ha visto el rinconcillo de tierra de que se trata, y casi ninguno de esos animalitos que se degüellan mútuamente ha visto jamás el animal por el cual se matan".

—¡Ah, desgraciados!, exclamó el siriano con indignación; es inconcebible ese exceso de rabia furiosa. No vienen ganas de dar tres patadas y aplastar ese hormiguero de ridículos asesinos.

—No se tome usted esa molestia, se le respondió; hasta trabajan ellos para su propia ruina. Al cabo de diez años no quedará ni la centésima parte de esos miserables, y aún cuando no hubiesen recurrido a las armas, el hambre, el cansancio o la intemperancia se llevaría a todos. No es a ellos a quienes hay que castigar, sino a esos bárbaros sedentarios que, desde el fondo de su gabinete, mandan, mientras hacen la digestión, el asesinato de un millón de hombres y que dan luego por ello solemnemente gracias a Dios.

VOLTAIRE.

¡Ah, qué bello, qué noble es el destino que puede avanzar constantemente hacia la perfección sin hallar jamás el término de sus progresos!

ALCIHON.